

EL PATIO CORDOBÉS EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA

J. M^a. OCAÑA VERGARA
ACADÉMICO NUMERARIO

Afirma Joan Corominas, en su monumental "Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico", que una palabra tan conocida como "patio" y que designa una parte tan importante y típica de la casa española, es, sin embargo, elemento relativamente tardío en el idioma. De la definición de Nebrija se deduce que expresó al principio una clase de patio de tipo arquitectónico especial y poco regular, el rodeado de columnas: "patín de casa: impluvium"; "patín entre columnas: peristylum". La vieja voz popular en Castilla era "corral", que de ninguna manera envolvía, como hoy, relación alguna con los animales domésticos. Sin embargo, justo será destacar que el patio cordobés, en su múltiple diversidad, desde el lujoso y señorial del palacete o caserón hasta el modestísimo y luminoso de las casas de vecindad, totalmente desconocido para el célebre filólogo catalán, ha atraído la atención de los poetas que han derramado en sus creaciones líricas el aroma inmarcitable del embrujo cordobés. La vivísima eclosión de las flores en mil colores, el aroma de las rosas y claveles asentados en mil macetas, la blancura inmaculada de las encaladas paredes y el dulce rumor de las aguas cantarinas nos transportan a un ignorado Paraíso de paz y quietud angelicales. Y ante esta exhibición de pura belleza, el poeta se rinde y sólo intenta plasmar la emoción estética de un momento inolvidable.

Basta repasar la riquísima antología cordobesa para cerciorarnos del embrujo que los patios han despertado en los más egregios vates locales y foráneos. Desde Góngora a nuestros días, pasando por el Duque de Rivas, Belmonte y Müller, Grilo, Ricardo Molina, Mario López y los más señeros nombres recientes, el patio cordobés ha merecido los más encendidos elogios en poemas encantadores que nos hacen revivir el recuerdo de las casidas árabes. Estas nos hablan de sus bellísimas moradoras; de delicadas y bellas huríes de bronceada tez y negros ojos de insuperable belleza.

Por eso no nos puede sorprender que la novela, la auténtica cenicienta de la literatura cordobesa, haya sido menos prolija en la descripción de estos encantadores rincones que invitan al solaz y al descanso, como magistralmente expresa González Ripoll recordando la obra de los hermanos Álvarez Quintero, "El patio", estrenada en 1.900.

Y es que el patio, en su multiforme variedad geográfica, ha merecido los más encomiásticos estudios y evocaciones. Si el celebrado pintor, comediógrafo y novelista catalán Santiago Rusiñol hubiera conocido el embrujo de nuestro mayo florido, su obra "El patio azul" hubiera cambiado de título para denominarse "El patio blanco cordobés".

Pero el patio cordobés obró el milagro también en la narrativa española y fueron Azorín, Pío Baroja, González Anaya, Camilo José Cela y Ramos Almodóvar, entre otras destacadas figuras, los que han sabido definir la esencia del mismo con definiciones categóricas de esplendente belleza.

Azorín, en su artículo "Horas en Córdoba", se siente embelesado ante el espectáculo inolvidable de Córdoba en una mañana inmaculada del mes de mayo. El embrujo de cada rincón hace exclamar al escritor: "Córdoba es una ciudad de silencio y de melancolía. Ninguna ciudad española tiene como ésta un encanto tan profundo en sus calles". Para Azorín, Córdoba, la ciudad de callejuelas y plazas recónditas, unidas por el aroma de los limoneros y el silencio de los siglos, es la reina de los patios. En ninguna otra, aclarará el celebrado ensayista del 98, se encuentran tan numerosos ni tan bellos. En ellos reinan la fuente, el arco, la cal, el jazmín, la dama de noche, el rosal, la albahaca, la palmera y el naranjo. En su lento peregrinar, Azorín se ha demorado, extasiado, ante el espectáculo inolvidable de estos únicos patios cordobeses: "Me detenía-dice-a veces ante un portal para contemplar un hondo patio. Todas estas casas cordobesas tienen un patio, que es como su espíritu, su esencia. Es un patio pequeño; unos tienen fuentes, albercas, surtidores; otros tienen columnas que sostienen una galería; otros son más modestos, más pobres. Yo prefiero estos de las casas humildes, de las casas ignoradas. Al pasear y recorrer las callejas silenciosas y blancas, he alumbrado muchos patios de éstos. Todo era silencio, reposo, blancura en ellos; acaso una planta de evónimus o un laurel destacaban sobre la nitidez de las paredes o sobre el azul del cielo. Existen algunos de estos patios con lejanías y segundos términos que recuerdan los fondos de los primitivos italianos".

Azorín ha sabido compendiar en este bellísimo artículo, "Horas en Córdoba", el embrujo del paisaje austero, noble y místico de los patios blancos y callados; la quietud, serenidad y olvido que Córdoba respira en esas horas matinales en que se escucha el alma de las cosas; el aroma del Patio de los Naranjos que ha embargado su espíritu, hasta llegar a decir: "¿Dónde está el artista que recoja el alma de esta ciudad? Podemos afirmar que nadie como él para explicar el encanto insuperable de su pasado histórico, la serena despedida de un tiempo pasado, las más diversas sensaciones cromáticas y el embrujo de sus patios, únicos en la geografía hispana.

Pío Baroja, olvidando su crítica despiadada, sincera y visceral, en la que proclama su visión negativa del mundo y de sus gentes, nos dará en "La feria de los discretos" páginas encantadoras en las que sus elogios a Córdoba constituyen un auténtico rosario de manifestaciones laudatorias. Durante su breve estancia, el escritor vasco supo apreciar el encanto, desconocido para él, de los patios y jardines interiores, donde mil y mil flores cubrían sus paredes y pugnaban por alcanzar la máxima altura de las encaladas paredes de los viejos caserones, en los que el aroma de las rosas se mezclaba idílicamente con la añoranza de tiempos pasados. Baroja se embriagó del aroma de los naranjos, de los sonidos metálicos de la Catedral, de la magia del crepúsculo vespertino que daba a la ciudad luces de oro y de rosa, mientras observaba absorto ante tan inigualable belleza las sombras chinescas que se ensanchaban hasta ocupar todo el empedrado de las callejuelas retorcidas y misteriosas, optando por penetrar en el silencio conventual de los patios recoletos y misteriosos. En éstos el aire se diafanizaba, adquiría más transparencia, y los lienzos de las paredes blancas semejaban bloques de nieve, animados por los rayos pálidos de un sol boreal... Quietud y silencio, mientras el olor penetrante de los naranjos llenos de azahar producía cierto mareo al novelista sobrecogido por la idílica paz de aquel lugar casi sagrado. Piaban los pájaros en los árboles, murmuraba el agua en la alberca, se bañaban las mariposas en el aire puro, y las lagartijas y las salamandras se deslizaban por las paredes.

Pío Baroja y Darío Regoyos quedaron vivamente impresionados de la belleza indescriptible de los patios cordobeses, alma y esencia del más puro senequismo.

Salvador González Anaya, autor de la novela "Los naranjos de la Mezquita", una de las más bellas creaciones narrativas sobre Córdoba, sintióse vivamente influido por el encanto de sus patios, celebrados en diversos pasajes de su sugestiva narración. En el capítulo IX, titulado "Patio azul", nos presenta una bellísima descripción, digna de figurar en cualquier antología sobre este tema de rancio abolengo cordobés. El novelista malagueño se ha sentido tremendamente extasiado ante tanta belleza, refugio de ensueño amoroso, tan precioso, gayo y gentil, que diríase nacido al conjuro risueño de una voluntad de hechicera, donde confluyen la grata frescura del aire y el cromatismo de las cosas.

En aquel patio, que resplandece con sus paredones azules-encaladuras coloridas que son supervivencias del gusto moro-, se destacaban su terraza de cristales, al fondo; la fuentecilla del centro, de taza redonda y cerámica, circundada de macetones jaldes, bermejos, verdes, de los que brotaban agudas kentias que se cimbreaban al soplo más blando del aire; corifas en forma de estrellas, filolendros de hojas caladas y los primorosos y recortados helechos.

Ramos Almodóvar, en su encantadora novelita "El alma de la Mezquita", crea una límpida atmósfera de misterio y embrujo alrededor del Patio de los Naranjos, del que dijera Ricardo Molina en su obra "Córdoba": "Mira cuán bello es este patio en su íntima sencillez. Los elementos naturales le dan, no más, su magia. Es un jardín de agua y de sol, de piedra y de sombra. Su sobriedad concierta maravillosamente con la simplicidad dórica del arte califal, con la noble tradición latino-cordobesa, con el carácter mismo del pueblo; vergel escueto sin más ornamento vegetal que los viejos naranjos y las esbeltas palmeras que le dan sombra y color".

En otro lugar nos dirá Ricardo Molina: "Córdoba es la capital de los patios andaluces; en ninguna parte tan numerosos ni tan bellos; en ellos reinan la fuente, el arco, la cal, el jazmín, la dama de noche, el rosal, la albahaca, la palmera, el plátano, el naranjo..." Estos patios están situados en callejas y plazas recónditas, unguadas por el aroma de limoneros y silencio de siglos; en callejas encaladas o doradas, limpias, fragantes, partidas por la sombra y el sol en violento contraste de luces.

Camilo José Cela, en su incesante peregrinar por España, admiró en nuestra ciudad el patio lleno de macetas donde el chorro de una fuente muy clara semejava melodías sonoras de insondable belleza que dulcificaban su espíritu andariego. En otro lugar nos hablará de recintos más grandes, auténticos huertos, en los que un riachuelo ve esmaltada su orilla de mil hierbas y flores. En ellos abundan los rosales de mil diferentes especies.

No podríamos terminar este breve análisis sin referirnos a don Juan Valera y Alcalá Galiano, que en sus obras "Pepita Jiménez" y "Juanita la Larga", principalmente, nos ha dejado bellísimas descripciones de patios y jardines que son un fiel trasunto de los típicamente cordobeses.

El celebrado novelista egabrense se recrea narrándonos el encanto de las fiestas populares de la Cruz de Mayo que cristalizan en torno a la confección de ramos, de cruces exornadas con plantas y flores y la erección de troncos desmochados. El centro de estas veladas suele ser el patio, enlosado de mármol, con fuente y surtidor en medio y muchas macetas de dompedros, rosas, claveles y albahaca.

La noche cordobesa, de encanto primaveral y romántico sabor, se hace poesía al conjuro de estos idílicos patios, embellecidos por el esplendor del plenilunio y celebrados mil veces por los más notables poetas. Pero también los novelistas han sabido cantar su inigualable embrujo en páginas líricas de encendido valor. Azorín, Pío Baroja, Cela, González Anaya, Ricardo Molina y Valera crearon modelos antológicos que enaltecen la pura esencia cordobesa enmarcada en su inigualable patio de profundas raíces autonómicas.